

inmenso árbol que llaman el árbol del algodón, y cuyos brazos de un grueso enorme y de un follaje frondoso, han crecido en dirección de la tierra y cubren una porción inmensa del suelo. Tuvimos necesidad de permanecer toda la Semana Santa en la isla, sin otra ocupación que aguardar con impaciencia las horas del almuerzo y comida. Es necesario hacer un sincero elogio al hotel en que paramos. Un gran mirador con su piso de mármol de Génova desde donde se descubre el Océano. Un jardín pequeño delante de la puerta con su gruta de enredaderas, sus hermosos palmeros y cubierto de aromáticas flores. Una buena mesa con manjares bien sazonados y grandes vasos de vino con trozos de hielo; hé aquí lo que encuentra el viajero en estos climas ardientes y mortíferos y en medio de esta civilización que comienza hoy y que acabará cuando esté completamente poblada por la raza blanca esta inmensa muralla que Dios ha colocado en el Océano y que descubrió el talento místico y profundo de Cristóbal Colon.

---

 II.

## EL OCCEANO.

El sábado de Gloria abandonamos los mares azules y tranquilos de la América, y pocos días después navegábamos ya por un mar frío y nebuloso, que anunciaba todavía la retirada del invierno. Mis lectores me permitirán que les hable un momento de la vida del mar, de esa vida excepcional que en nada se parece a la existencia ordinaria de las ciudades.

El que hace un largo viaje por el Océano, encuentra diariamente motivos para bendecir al Omnipotente, y para admirar las obras de su creación. En las mañanas el sol parece que nace del fondo de los mares, las ondas están teñidas de púrpura, los celajes se retratan en cada una de las olas que al romperse dejan un círculo de blanca espuma. En la tarde, cuando el sol se pone, la parte donde baña la sombra, aparece de un azul puro y hermoso como el

del cielo de las Américas, mientras los parages donde hieren los rayos del sol, se semejan à un abismo de fuego: las nubes en los horizontes toman mil formas caprichosas y aparecen ya como inmensos volcanes despidiendo fuego, ya formando castillos, puentes ó arquerías, ó ya tomando la forma de un ejército de gigantes dispuestos á emprender un combate horrible contra los cielos. Pero nada es comparable á esas noches diáfanas y tranquilas en que el Occéano està iluminado por la melancólica luz de las estrellas, en que las ondas apénas se mueven, y en que el barco empujado por una brisa fresca se desliza magestuosamente en medio de un profundo silencio, dejando solo marcada su carrera por una estela de fuego. Entónces en una de estas noches se comprende muy bien ese placer intenso que gozan los marineros que permanecen horas enteras en la proa del barco fumando su pipa, y estasiados con este espectáculo, de lo grande, de lo sublime, de lo infinito que no pueden comprender los que han pasado su vida encerrados entre las murallas de las ciudades.

El hombre ménos religioso, dominado por una fuerza invisible, tiene que elevar su corazón á Dios, confesar su omnipotencia y reconocer la pequeñez y miseria de la humanidad. Las miradas quieren penetrar en las profundidades de la bóveda azul, y el corazón adivina instintivamente que esas estrellas puras y brillantes cuya luz melancólica surca los

mares con rieles de plata, son otros tantos mundos llenos de bellezas y maravillas, destinados para los placeres eternos de las almas que han sufrido martirios, desventuras en la triste y dolorosa peregrinacion de la tierra.

La luna roja como fuego brota de enmedio de las aguas, rodeada de celages de oro. Poco á poco se va elevando en el horizonte, seguida de ese diamante inmenso que Dios ha engastado en el cielo y que ha tomado el nombre que entre los antiguos significaba la belleza y el amor. Una brisa suave y aromática viene de vez en cuando á refrescar el ambiente: la luz refleja en las aguas, que se mueven blandamente, y el buque navega entre las ondas brillantes de plata. Allá en el horizonte se divisan apénas confundidas con algunas nubes las montañas escarpadas de algunas de esas islas llenas de flores y de frutas, de aves de mil colores, y de arroyos y fuentes cristalinas. La nave se desliza silenciosa en medio de aquella magestad imponente de que la naturaleza se reviste aún en las horas de su mayor calma. Entónces el hombre, lleno de amor y poseído de una dulce melancolía, cree ver entre los blancos vellones que siguen á la luna, la imàgen risueña de su hijo que vuela por los cielos acompañado de los ángeles. Entónces el amante suspira profundamente y cree ver en las estrellas los ojos amorosos y brillantes de su querida. Entónces tambien el hombre religioso eleva su pensa-

miento hasta el trono de Dios, y espera con impaciencia el día en que su alma vuele libre por esos mundos que la ciencia no ha podido describir, pero que adivina en medio de místicas contemplaciones el hombre cuando se halla solo y aislado en medio de los mares.

Cualquier incidente, por pequeño que sea, inspira en el mar un profundo interés. Si pasa un buque, se examina con el antejo, se saludan á los pasajeros sin conocerlos, y no se pierde de vista sino cuando sus blancas alas hinchadas con el soplo de la esperanza, se han perdido en esa línea del horizonte, en que el azul del cielo se confunde con el azul del mar. ¡A dónde va ese buque! ¡De dónde viene! ¡Cuándo llegará! ¡Mientras nosotros caminamos bajo un cielo sereno, este blanco cisne de los mares irá á encontrarse con el huracan y estrellarse contra los arrecifes?

Pero nada es mas triste que ver á esas aves cansadas, que la tempestad arroja de la tierra y que vienen fatigadas á pararse en los mástiles del barco. Espantadas por los marineros que ejecutan la maniobra, vuelan, se alejan, tienden su vista por el Occéano, y no encontrando ni sus frondosos árboles donde anidaron, ni sus montañas, ni sus jardines llenos de flores y de fruta, vienen tristes y desconsoladas á posarse de nuevo á los palos que abandonaron poco ántes. Este es el poema triste y sencillo que retrata la vida humana. Aves arrojadas

por la tempestad, son todos los hombres que vienen al fin de su carrera á encontrarse con la incomprendible soledad de la tumba. Siempre que he navegado ha venido á caer moribunda á mis piés una de estas pobres aves, y he sentido húmedos mis ojos cuando me he inclinado á levantarla.

A fuerza de ver en estos tiempos tantas maravillas y tantos descubrimientos, vamos siendo indiferentes aún á lo que mas debiera sorprendernos. El descubrimiento del vapor y su aplicacion á la marina, es uno de los hechos mas importantes que pueden registrarse en los anales del mundo. Pero ¿quién se entretiene hoy en hacer la descripción de un vapor? No hay puerto del mundo, por insignificante que sea, que no haya sido visitado por un vapor; así ya á nadie le sorprende ni le interesa. Si Watt hubiera tenido la fortuna de nacer en otros tiempos, se habria elevado al rango de las divinidades, y estaria su estatua colocada en un suntuoso templo construido con el blanco mármol de Paros.

La imaginacion poética de esos pueblos que para significar el poder del amor, pintaban á un niño dirigiendo á un leon con una hebra de seda y que colocaron en una concha en el seno de los mares la cuna de la mas hermosa de las mugeres, habrian dicho con aquella gracia y eufonía de la lengua romana y de la lengua griega, que el vapor era el monstruo de cien ojos que arrojando fuego y

humo por su boca y batiendo fuertemente sus alas, se adelantaba rugiendo, á entablar una lucha desesperada contra las aguas y las tempestades. En efecto, si al contemplar el mar se admira el poder de Dios, cuando se navega en uno de esos grandes barcos de vapor contra las corrientes, contra los vientos, contra las tempestades, dejando atrás bahías, golfos, promontorios, rocas y arrecifes, es imposible dejar de admirar la inteligencia del hombre y de reconocer la verdad de los libros santos: "*Fué criado á su imagen y semejanza.*"

Si las naciones conocieran ese sublime sentimiento que se halla á veces en el hombre privado y que se llama *gratitud*, levantarían en esas rocas formidables que en los mares amenazan á los navegantes, unas estatuas colosales á Colon y á Watt. Al uno debería colocarse sujetando á los vientos con una cadena, al otro enseñando al mundo viejo que había un mundo nuevo donde en el curso de los tiempos han de venir á establecerse la libertad, las ciencias, las artes, la paz y la civilización.

Una palabra sobre la vida á bordo de un paquete de vapor. A las tres y media ó cuatro, y cuando apenas comienza la luz dudosa de los primeros albos de la mañana á penetrar por entre los vidrios gruesos y opacos de los camarotes, los pasajeros son despertados por una batahola infernal que alarma sobremanera al que no está acostumbrado á ella.

El segundo capitán y tres ó cuatro guardias marinas descalzos, en pechos de camisa y seguidos de doce á catorce marineros, recorren toda la embarcación, arrojando cubetas de agua por todas direcciones bariendo y limpiando la cubierta, los gallineros, las escaleras, las puertas de los camarotes, todo, en una palabra, no siendo nada extraño el despertar todo mojado, pues suele caer una cubeta entera de agua sobre el desgraciado pasajero que no tiene la precaución de cerrar bien la vidriera de su camarote. A las siete el mozo entra á dejar una taza de té ó café, tan detestablemente confeccionados, que igualan en el mal sabor al medicamento más desagradable de una botica. A las diez el sonido de una campana indica la hora del almuerzo. Los pasajeros, aseados y rasurados, que han estado esperando con impaciencia el sonido de la campana, se precipitan por las escaleras como si se tratara de acudir á un pronunciamiento ó de apagar un incendio, y se apoderan inmediatamente de los mejores platos devorando cuanto encuentran al alcance de su mano. Verdaderamente es prodigiosa la hambre de que se encuentran atacados muchos de los que navegan. Otros por lo contrario, pálidos, estenuados y macilentos con el mareo, apenas pueden sostenerse en pié, y en sus gestos manifiestan la visible repugnancia con que se resignan á tomar unos cuantos tragos de té y unas papas. Es un contraste verdaderamente notable el que forma en la mesa es-

ta especie de pasajeros, que parecen unos esqueletos salidos de la tumba, que todo les repugna y que todo les molesta, con el de algunos ingleses rollizos, encarnados como el sol, que de cada sorbo se vacian en el estómago una botella de cerveza, y en cada bocado hacen desaparecer un cuarto de pollo ó una rebanada de jamon. Los pasajeros enfermos contemplan con una especie de rabia concentrada la voracidad de estos ingleses, mientras que ellos se sonríen con desprecio de la debilidad de los estómagos de sus compañeros de viage. La mesa á bordo particularmente cuando han pasado cinco ó seis dias de navegacion, es un motin, una revolucion, un verdadero saqueo. Cuando suele por casualidad presentarse un pavo ó pollo tierno, tres ó cuatro enormes cuchillos caen á la vez sobre la víctima, la destrozan en menos de un segundo y el desgraciado pasajero que no estuvo en posesion de contribuir á la anatomía, mira entristecido el armazon, sin una sola línea de carne y en perfecta disposicion para colocarse en un gabinete de historia natural: lo mismo sucede con los platos que parecen bien sazonados ó apetitosos. Concluido el almuerzo los pasajeros y señoras suben á cubierta á fumar, á leer ó á platicar. A las doce otro repique anuncia lo que se llama "*lonche*" y muchos de los que han almorzado con mas abundancia y como si nada hubiesen comido desde el dia anterior, se to-

man un cuarteron de queso, tres ó cuatro rebanadas de jamon y media botella de vino.

Despues del *lonche* vienen las horas de fastidio. El mar está reberberante con el sol, el calor es intenso y la monotonía de una larga navegacion se siente con todo su peso. A las cuatro de la tarde esta indisplencia, este malestar se disipa en algunos con un nuevo repique que anuncia que la comida está puesta, y entónces con la misma precipitacion y furia con que acudieron al almuerzo, descienden á posesionarse de las mejores sillas y á distribuirse los mejores platos. Este combate á muerte se repite todos los dias. Las horas de la tarde, cuando hay buen tiempo son por lo comun muy agradables. La frescura de la brisa, la calma del mar, la belleza del cielo y la solemne tranquilidad de la naturaleza producen un bienestar indefinible no solo en lo moral sino tambien en lo físico. En esos momentos se siente uno con agilidad, con fuerzas y con valor.

Luego que se metia el sol y que se encendian las luces en el barco, un grupo de mexicanos, españoles y franceses sacaban su baraja y establecian un verdadero *monte* donde los ingleses no dejaban de perder algunas guineas. A las once de la noche se tocaba á silencio, se apagaban las luces y cada cual se recogia en su cuarto adormeciéndose con el dulce movimiento del barco, con el ruido pro-

ducido por el golpeo de las ondas y con la esperanza de llegar pronta y felizmente al término del viaje.

He hablado de la distribución del tiempo, que en sustancia se divide, con pocas excepciones, en tres partes: una se destina à comer, otra à esperar y fastidiarse, y otra à dormir; diré dos palabras sobre el servicio del buque. Si el carácter inglés hubiese de juzgarse por los oficiales, empleados y aun criados domésticos que sirven à bordo de los vapores de la compañía de las Indias Occidentales, no hay duda que se debía formar un concepto sumamente desfavorable. Los fardos y baúles de equipage son tratados con mas consideracion en otros buques que lo que los pasajeros à bordo de estos vapores. El capitán y demas oficiales apénas se dignan dirigir la palabra à los pasajeros, sin procurar informarse, como debian, si les falta algo para sus comodidades, si están enfermos, si la comida les agrada &c., y digo que debian, porque estos marineros no pueden considerarse sino realmente como los huéspedes de un gran hotel, obligados à complacer sin distincion alguna à los que pagan una cantidad escesiva de transporte. Los mozos corren y bajan y suben todo el día y toda la noche, rompiendo platos, atropellándose mutuamente y haciendo un eterno ruido con las cucharas, platos y tenedores, sin que esto produzca la comodidad de los pasajeros.

El servicio de la mesa es propio para descom-

poner los estómagos mas bien organizados. Los pavos y pollos resisten à los cuchillos mas bien afilados. La ternera y el carnero aparecen el primer día en la forma de roasbeef. En el segundo y tercero en la de carne fria, el cuarto vuelven à ser calentados los restos y cubiertos con una salsa de mostaza; finalmente, el sexto y séptimo día esa carne ya corrompida sirve para rellenar unos detestables pasteles. El arroz y las papas están cocidas sin sal. La leche de una vaca, aumentada con agua de arroz ó de harina, alcanza, como se deja suponer, para ciento y cincuenta ó doscientos pasajeros. Las tortas de pan son de una dimension enorme, con una costra à la Mac Adam y un migajon crudo y amarillento. Los licores se pagan aparte, y con excepcion de la cerveza, todos son muy caros y de malísima calidad. Tal era el servicio à bordo del vapor Great Western en el que hicimos la navegacion de San Tomas à Inglaterra, debiéndose añadir en este buque la molestia de una cantidad tan infinita de cucarachas, que de noche no podia distinguirse si la cubierta de la cama era blanca ó negra.

El día que llegamos à la vista de las Islas Azores comenzó à soplar un viento Nordeste que fué aumentando en los días siguientes de una manera terrible. El cielo estaba cargado de nubes, la atmósfera estremadamente fria y en el mar se levanta-

taban enormes montañas de agua que hacían estremecer al buque cuando se rompían contra sus costados. El capitán y los oficiales alarmados permanecían con sus grandes sombreros y sus esclavinas de hule sobre cubierta, sufriendo la lluvia y la tormenta.

La alegría de los pasajeros desapareció. Algunas señoras pálidas, y vacilantes, subían sobre cubierta un momento y contemplaban con ojos espantados los abismos del mar. El apetito de los ingleses disminuyó notablemente: el comedor á las horas de almuerzo y comida estaba casi desierto, y en las noches, que los intrépidos jugadores de baraja quisieron continuar su diversion, rodaron por los fuertes vaivenes del buque, las monedas, las barajas, las sillas y los jugadores. El segundo capitán, hombre religioso, activo é infatigable en el trabajo, cuando algun pasajero se le acercaba le enseñaba el horizonte iluminado de relámpagos, lo llevaba á la proa y le hacía advertir los abismos profundos por donde la nave caminaba, y le decía con una voz solemne: "Esta es la cólera de Dios." Así atravesamos el golfo de Gascuña y entramos en el canal inglés. En uno de los dias en que se disipó un poco la niebla, vimos las costas de Inglaterra formando una cinta de rocas poco elevadas, tajadas á pico, contra las cuales chocaba furiosamente el mar. Por la noche la tempestad continuó. En medio de las tinieblas percibíamos á intervalos

la luz movible del Faro de Edystone, y podíamos escuchar el sordo estrépito que formaban las olas al estrellarse al pié de esta torre silenciosa y solitaria.

Dos dias despues llegamos á las *Agugas*, que son tres rocas delgadas que salen fuera de la mar y están colocadas en la entrada de la isla de Wight. Entre esta isla y la costa de Inglaterra, penetra el mar que va á formar en union de dos rios la bahía de Southampton. Despues de las once de la noche, á cosa de tres millas de distancia de la poblacion, fondeamos junto á la fragata americana de guerra "San Lorenzo," habiendo completado nuestro viaje desde Veracruz hasta Inglaterra en treinta y dos dias.